

Angelo Gilardino, *Andrés Segovia: l'uomo, l'artista*, Ed. Curci, Milán, 2012

Voy a hablar de Granada, o mejor dicho, voy a escribir sobre Granada unos cuantos artículos para exponer ideas viejas con espíritu nuevo y acaso ideas nuevas con viejo espíritu; pero desde el comienzo dese por sentado que mi intención no es contar bellezas reales, sino bellezas ideales, imaginarias. Mi Granada no es la de hoy: es la que pudiera y debiera ser, la que ignoro si algún día será. Que por grandes que sean nuestras esperanzas, nuestra fe en la fuerza inconsciente de las cosas, por tan torcidos caminos marchamos las personas, que cuanto atañe al porvenir se presta ahora menos que nunca a los arranques proféticos.¹

La decisión de empezar una reflexión sobre el libro dedicado a Andrés Segovia con las palabras con las que Ángel Ganivet abre su colección de artículos dedicados a “su” Granada, es casi inevitable, en mi opinión, si queremos comprender al hombre antes que al artista. Hombre y artista que, como se deduce claramente de las páginas que Gilardino dedica al gran guitarrista andaluz, son expresión inseparable de un país que a lo largo del siglo XX ha buscado continuamente respuestas al problema de su identidad. De hecho, Segovia nace en un momento fundamental de la edad contemporánea española, es decir, en aquel 1893, demasiado cercano al *desastre* y a la disolución definitiva del Imperio colonial como para que la personalidad y la formación profesional del Maestro no se convirtieran, con los años, en su testimonio indiscutible y constante. Y tenemos que seguir hablando de constancia, cuando entre las líneas de su vida y de sus obras, vislumbramos su tierra, aquella España, aquella Andalucía, aquella Granada que Segovia siempre llevó consigo y con su guitarra, durante sus muchos viajes a la “conquista” del mundo.

Ya desde las primeras imágenes que nos ofrece Gilardino se distingue con extrema claridad cómo el pequeño pueblo de Linares y,

1. A. Ganivet, *Granada la Bella*, Miguel Sánchez Editor, Granada, 1993, p. 47.



poco después, la más conocida Granada, se convertirán en el *leit motiv* del crecimiento artístico y humano de Segovia, hijo de su tiempo y de su tierra, con la misma fuerza y determinación que acompañaron a los grandes exponentes de la cultura española de aquella época.

«¡Granada! Si en Linares nací físicamente al mundo, en Granada abrí los ojos a la belleza de la vida y del arte. La obra de refinamiento y poderío de los árabes, más espléndida que ninguna otra de su civilización, está realzada por el esplendor de la naturaleza circundante, que se levanta en cadena de bravos montes o se extiende perezosa en la polícroma llanura de sus vegas»,² afirma Segovia en la «prosa alada que el anciano maestro confió a su misma voz»,³ una vez más, en homenaje a la lejana, pero siempre presente, Granada, con un sentimiento parecido al que animó a su conterráneo Ganivet a evocarla sin descanso a lo largo de su breve vida.

«Granada le obsesiona, y sus ojos, impregnados de su visión, se la representan, en un extraño espejismo, sobre todos los paisajes que contempla»,⁴ escribe Antonio Gallego y Burín en su prólogo a *Granada la Bella*, destacando la presencia de un *fil rouge* entre el cónsul granadino y su tierra nativa. Como en el caso de Segovia, también Ganivet se vio obligado, por su carrera, a vivir parte de su existencia lejos de casa, ya que su actividad diplomática le llevó hacia tierras muy alejadas de la suya, y no solamente desde el punto de vista geográfico. Desde el “extranjero”, sin embargo, aprendió a observar con atención y espíritu crítico a su amada España, siempre acompañado por la nostalgia inevitable de quien «debe volverse a España, porque no hay nada para vivir como ella». ⁵ En fin, esta es la razón por la que, en 1896, durante su estancia en Helsingfors, Ganivet siente la necesidad de contar “su” Granada, dando vida a las páginas de *Granada la Bella*, que fue, y no por casualidad, uno de los primeros libros a los que tuvo acceso Segovia, come él mismo declara, cuando recuerda que «entre los libros che pertenecieron a mi tío Eduardo, hallé uno delicioso, “Granada la Bella” de Ángel

2.A. Segovia, *Mi mundo, la guitarra y yo*. Borrador, en castellano, que sirvió de base a la edición inglesa de la autobiografía de Segovia. Se conserva mecanografiado en el Archivo Andrés Segovia de Linares, p. 10.

3. A. Gilardino, *Andrés Segovia. L'uomo, l'artista*, Ed. Curci, Milano, 2012, p.16. Traducción de G. Scocozza.

4. A. Gallego y Burín, “Prólogo”, en A. Ganivet, *Granada la Bella*, ob. cit., p. 14.

5. *Ibidem*, p. 13. Es preciso recordar que Ganivet en realidad nunca volvió a su tierra, ya que fue en su estancia en una de las sedes consulares que le asignaron, precisamente en Riga, en Letonia, cuando puso fin a su breve y atormentada existencia el día 24 de noviembre de 1898, tirándose a la edad de tan sólo 33 años a las aguas heladas del río Dvina.



Ganivet. Lo sorbí de golpe y comenté con Miguel Cerón el gracejo con que estaba escrito».⁶

El encuentro con autores como Ganivet hace de la vida del Maestro de Linares un testimonio aún más incontestable del siglo XX español, ya que, como se deduce claramente del libro de Gilardino, la carrera del grande guitarrista del siglo pasado tiene como fondo «la vicisitud del hombre Segovia: tres mujeres, cuatro hijos, la Guerra Civil española, la huida a Montevideo, el saqueo de su casa en Barcelona, la segunda guerra mundial, los años en Nueva York y los encuentros con los muchos protagonistas de la gran música, hasta el declive sereno en la patria recuperada».⁷

En efecto, para entender plenamente las características artísticas de quien iba a ser uno de los más famosos guitarrista de nuestros tiempos, alcanzando con su inseparable “compañera” ámbitos musicales hasta aquel momento privilegio exclusivo de instrumentos considerados más nobles, es necesario detenerse en su esencia de *homo hispanicus*, o mejor dicho, en esa *hispanidad* que le acompañará hasta el final de sus días, condicionando también, de forma más o menos consciente, su producción musical. Precisamente, en este aspecto insiste, entre otras cosas, Gilardino, regalando a los lectores una fotografía impagable no solamente de un hombre y de su historia, sino asimismo y, sobre todo, de la tierra que le vio nacer y de la que su alma nunca se separó.

Un gran poeta irlandés contemporáneo y también actual presidente de la República de Irlanda, Michael D. Higgins, afirmó, en la introducción a una colección de poemas, que «*One's own biography has to be linked to history*»,⁸ confirmando la necesidad de una fuerte conexión entre biografía e historia, y declarando, una vez más, cómo el impulso de escaparse de las mallas del Imperio, que empieza a tomar fuerza a finales del siglo XIX, bajo el estandarte de la cultura, se ha convertido, en el siglo XX, en una reflexión sobre la necesidad práctica de conseguir la independencia; una independencia que incluiría distintas contradicciones. Luego, de repente, escritores protagonistas a finales del siglo XIX, descubrieron en aquellos espacios estrictos y censuradores

6. A. Segovia, *Mi mundo, la guitarra y yo*, ob. cit.. Con estas palabras Segovia recuerda cuando, después de la muerte de su tío Eduardo, al que había sido entregado a la edad de tres años, por la separación de sus padres, se traslada con su tía María y su abuela a una casa más modesta, pero que, en cambio, le brindaba una vista espectacular de la Alhambra, y también la posibilidad, gracias a la biblioteca heredada de su tío, de acercarse al mundo de la literatura. Véanse A. Gilardino, *Andrés Segovia...*, ob. cit., pp. 24-25.

7. *Ibidem*. Traducción de G. Scocozza.

8. M. D Higgins, *New and selected poems*, Liberty Press, Dublin, 2011, p. 23.



que no habían heredado ninguna “bohème” y, entonces intentaron, o dejar el país para poder estudiarlo y contarlo, o ascender a algún cargo en el interior de la nación que les permitiera guardar cierta distancia de Irlanda para contemplarla desde lejos.

Esta es la imagen que el Higgins intelectual, antes que presidente, ofrece de su país en la transición del siglo XIX al siglo XX; esta la sensación que, *mutatis mutandi*, se percibe en la España de aquellos mismos años, cuando, con la dramática disolución del Imperio, «España fue, entre los países hermanos –los hispánicos–, el último en “liberarse” de sí»,⁹ abriendo el paso a aquella espasmódica búsqueda de una nueva identidad nacional, europea, que ansiaban y por la que lucharon los grandes intelectuales españoles del siglo pasado. En esa España nació Segovia, y es, en esta España, en la que insiste Gilardino, como él mismo afirma en el prólogo de su libro, cuando destaca la oportunidad de «detenerse en el período juvenil de su vida, porque creo que es el menos conocido, y también el más útil para entender algunos aspectos fundamentales de su forma de hacer música».¹⁰

De ahí que ya en la breve introducción sea fácil encontrar las líneas principales que han guiado los pasos del autor en su reconstrucción de la biografía de Segovia, siempre bien anclado en el contexto histórico y cultural en el que se forjaron la personalidad del hombre y del artista. Al respecto, creo oportuno destacar que precisamente el prólogo con forma de epístola permite percibir la importancia para Gilardino de analizar a Segovia como hijo innegable de su tierra y de su tiempo. De hecho, en mi opinión, no se puede considerar casual que las pocas páginas iniciales tengan la estructura de una epístola en la que Gilardino imagina dirigirse directamente a Segovia, misiva que recuerda la tendencia, muy común entre los intelectuales españoles de finales del siglo XIX y gran parte del siglo XX, a expresar reflexiones, pensamientos o preocupaciones a través de intercambios de cartas que, a menudo, se convirtieron en textos fundamentales de la literatura española coeva. Por eso, el autor, con razón, se mantiene bien atado, también en la forma, a la época, y a esa tradición de la que Segovia fue portavoz, en la innovación. Y justamente en la dicotomía tradición-innovación nos encontramos con otros aspectos fundamentales de la vida y de la carrera del Maestro, como bien destaca el mismo Gilardino, que brinda al “lector atento” de *segriana* memoria la oportunidad de recorrer, una vez más, a través de una biografía, la historia de la gente y de la

9.L. de Llera, “La segunda mitad del siglo XX”, en J. Andrés-Gallego y L. de Llera Esteban (coord.), *La cultura española del siglo XIX*, UNIR, Logroño, 2012, p. 233.

10. A. Gilardino, *Andrés Segovia...*, ob. cit., p.4. Traducción de G. Scocozza.



tierra en la que se sitúa la misma. Del interés que el autor demuestra por algunos momentos precisos de la vida del gran guitarrista de Linares, y por algunas de sus elecciones artísticas, se deduce la importancia de subrayar el hecho de que en Segovia se pueden encontrar las características típicas de la España de aquellos tiempos, siempre escindida, en vilo entre tradición y modernidad, españolización y europeización, recuperación del pasado imperial y mirada entusiasta hacia la Europa de la ciencia y de la técnica: «Cualquiera que reflexione hoy en día sobre las elecciones del repertorio de Segovia, reconocerá que él mismo se mantuvo fiel a ellas hasta el final de sus días con coherencia perfecta. El joven guitarrista que en 1913 tocaba *Deuxième Arabesque* de Debussy, nunca fue seguidor de otras vanguardias, y se mantuvo fiel a aquel momento peculiar de la música europea, la transición del tardo romanticismo a una modernidad que no cortaría los lazos con el pasado [...]. Entonces, París y Madrid, pero no Viena, impresionismo y neoclasicismo, pero no dodecafonía, cultura del timbre, pero no *Klangfarbenmelodie*». ¹¹ En fin, las palabras de Gilardino se remontan al Segovia hombre y guitarrista, hijo indiscutible de su tiempo, que supera los confines de su tierra y conquista los escenarios más importantes del mundo con su repertorio innovador, pero siempre con el alma dirigida al pasado: «La guitarra segoviana nació de la cultura europea, manifestando con plena dignidad su alma docta, pero guardando, en el sonido, un vínculo arcano con una historia nunca escrita y aún más lejana». ¹²

Este es el Segovia que nos brinda Gilardino, cuya guitarra parece haber tenido el mismo papel que tuvo la pluma para la Generación del 98, o para los modernistas, hombres que con distinta intensidad, invocaron la necesidad de una redefinición de España como nación europea y europeizada, pero, a menudo, en nombre de una unamuniana «tradición eterna», es decir, en la vida auténtica, que es a la vez progreso y conservación del pasado». ¹³

Escribo este libro, maestro, porque después de haber comprendido, creo que es mi deber ayudar alguien más a comprender. ¹⁴

GIOVANNA SCOCOZZA

11. *Ibíd.*, p. 82. Traducción de G. Scocozza.

12. *Ibíd.*, pp. 84-85. Traducción de G. Scocozza.

13. C. Morón Arroyo, *El "alma de España". Cien años de inseguridad*, Ed. Nobel, Oviedo, p. 25.

14. A. Gilardino, *Andrés Segovia...*, ob. cit., p. 9. Traducción de G. Scocozza.